

central ocupa el sacramento eucarístico de la nueva alianza, que estructura la vida de la comunidad cristiana, y la vida y el ministerio de sus servidores. «La Eucaristía... recrea continuamente la vocación y misión de sus ministros» (p. 11). Finalmente, el autor propone los rasgos más característicos de una «espiritualidad de la alianza» de los discípulos y servidores del Señor, testigos de la esperanza gozosa manifestada y realizada en la nueva alianza de la sangre de Cristo.

José R. Villar

W. KASPER, *Servitori della gioia. Esistenza sacerdotale - Servizio sacerdotale*, Queriniana («Giornale de teologia», 325), Brescia 2007, 193 pp., 19,2 x 12,5, ISBN 978-88-399-0825-4. Edición en castellano: *El sacerdote, servidor de la alegría*, Sígueme («Nueva Alianza», 209), Salamanca 2008, 160 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-301-1673-7.

El actual presidente del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos nos ofrece este libro, publicado en alemán en 2007, con el que reflexiona sobre la figura del ministro ordenado. El cardenal alemán comienza con algunos recuerdos biográficos, los cuales nos permiten conocer mejor su pensamiento. Lo aborda además adoptando una perspectiva global del problema, y por tanto no conformándose con una perspectiva alemana o europea, dadas las abundantes referencias que realiza de distintas situaciones de todo el mundo. No se trata de un enfoque meramente occidental o eurocéntrico. Además, por otra parte, las afirmaciones sobre la teología del ministerio y la espiritualidad sacerdotal aquí expuestas se fundamentan en una abundante base bíblica, en algunos textos de los Pa-

dres y sobre todo en las afirmaciones del Vaticano II. El tono ecuménico resulta también evidente. Kasper reconoce a su vez que la Iglesia se encuentra en un momento de cambio y de transición, al que se ha de adaptar la imagen actual del sacerdote, a la vez que ésta debe mantenerse fiel a la voluntad fundacional de Cristo. Algunos han hablado claramente de crisis: disminuyen no sólo el número de vocaciones al sacerdocio, sino también la cifra de bautizos, confirmaciones y matrimonios cristianos, así como el índice de práctica religiosa entre niños y jóvenes.

«Deberíamos cambiar el modo de pensar —sugiere Kasper— y orientarnos de modo nuevo para cruzar el “umbral de la esperanza” (Juan Pablo II). Para esto serán necesarios también cambios estructurales, pero los cambios estructurales no servirán para nada, si en primer lugar no se experimenta sobre todo una apertura espiritual» (p. 11). Para diseñar este retrato del ministro eclesial requerido en el presente y el futuro, el autor se dirige primero a los fundamentos. Así, alude a la dimensión cristológica y sacrificial del sacerdocio cristiano: tras la detenida introducción escriturística, sitúa la clave interpretativa del sacerdocio cristiano en el amor de Jesús. «El sacerdocio de Jesús forma parte del centro y del núcleo más íntimo de la fe cristiana. Éste revela el misterio más profundo de Dios, que es amor (1 Jn 4,8.16). “Dios ha amado tanto al mundo hasta dar a su Hijo unigénito” (Jn 3,16), a fin de que tuviéramos vida. El amor que nos ofrece sin límites es el fundamento último en el que se fundamenta toda la existencia cristiana» (pp. 32-33). Aquí debemos tener en cuenta la dinámica existente entre el sacerdocio común y el ministerial —sigue explicando Kasper—, así como la común

llamada a la misión. Las resonancias de la doctrina luterana, con la consiguiente dimensión ecuménica, resultan aquí claras. En este sentido, el sacerdocio ministerial se apoya en la existencia sacerdotal común de todos los cristianos, fundada en el bautismo. El ministro será de este modo un cristiano entre los cristianos, a quienes les ayuda a crecer en su propio sacerdocio, recibido directamente de Jesucristo (cfr. pp. 38-39).

Kasper se refiere de igual modo al origen apostólico del ministerio y el problema surgido —sobre todo en ámbito ecuménico— en torno a la sucesión apostólica, si bien en un primer momento con un lenguaje más existencial que ontológico-sacramental. «A la vocación sigue una doble definición de la figura del discipulado: los discípulos deben estar en comunión con Jesús y después han de ser enviados. Convocatoria y envío, podríamos decir también: contemplación y acción están indisolublemente unidas entre ellas. [...] Son testigos que testimonian con toda su persona lo que testimonian» (p. 47). Aunque más adelante, tras una profundización exegética, llega también a esta otra dimensión fundante y sacramental. «La resurrección del Señor no la conocemos como un hecho históricamente verificable de una manera neutral e independiente, sino que la conocemos a través del testimonio de los apóstoles. Nos encontramos por esto sobre su fundamento y dependemos de modo permanente de ellos (Ef 2,20). El fundamento apostólico es el punto de referencia sólido y estable de la Iglesia, con el cual todo cae o se mantiene en pie» (p. 54). A su vez, la fe de la Iglesia es también una «herencia apostólica», puesto que toda la Iglesia «está consagrada sobre el fundamento de los apóstoles» (cfr. pp. 55-59). «Éstos —añá-

de— no se encuentran en posesión del ministerio de los apóstoles, pero poseen el ministerio apostólico, ya que desarrollan determinadas funciones de los apóstoles, en particular el de dar testimonio de la herencia apostólica transmitida de una vez por todas» (p. 60). En este sentido, se propone el celibato no sólo por exigencias de la dimensión misionera y escatológica de la Iglesia, sino también por una mayor y más profunda identificación con Jesucristo, para lo cual hace un interesante análisis del problema en la actualidad (cfr. pp. 79-83).

De modo análogo, se afirma ahí la fundamentación pneumatológica del ministerio, precisamente por tener éste un origen sacramental. «La imposición de las manos no es por tanto sólo un gesto o un rito exterior que se ha de concebir de modo jurídico, sino que confiere un don sobrenatural particular, el Espíritu de la fortaleza, del amor y de la sabiduría (2 Tm 1,6s.; cfr. 1 Tm 4,14)» (p. 73). Tal constitución sacramental es directamente proporcional y complementaria con los carismas que el mismo Espíritu distribuye en la Iglesia. «Por eso en la Iglesia ha de haber una distribución proporcionada de carismas, oficios y ministerios. En esta combinación, el sacerdote desempeña su función indelegable e insustituible, que los demás deben respetar. [...] En el Espíritu Santo, la Iglesia es una estructura. Es un cuerpo (1 Co 12,12-31; Ef 4,15s., Col 2,19) y un edificio en el Espíritu Santo (Ef 2,21s.; 1 Pe 2,5; cfr. 1 Co 3,9). [...] Tal estructura perceptible desde fuera de modo sociológico está por tanto cristológica y pneumatológicamente fundada» (pp. 74-75). Como consecuencia, el modo de comportarse del ministro ha de ser ante todo espiritual, pues su origen y sus

funciones son del todo espirituales. Esto se aplica de modo análogo al carisma del «celibato por amor al reino de los cielos» y al estilo de vida sacerdotal (cfr. pp. 76-86). En este sentido, se propone el celibato no sólo por exigencias de la dimensión misionera y escatológica de la Iglesia, sino también por una mayor y más profunda identificación con Jesucristo, tras lo cual ofrece Kasper un interesante análisis del debate suscitado en la actualidad en torno a este carisma (cfr. pp. 79-83).

Tras esto expone el teólogo y cardenal alemán las dimensiones del ministerio. En primer lugar, el «servicio pastoral», a imitación de Cristo, Buen Pastor (cfr. Jn 10), en el que el ministro ha de darse al servicio de todos los demás, sin excepción ni exclusión alguna (cfr. pp. 87-99). «La existencia cristiana —había dicho antes— es una existencia sacerdotal; no puede ser entendida en los términos de un individualismo salvífico; es una existencia misionera, que existe para otros» (pp. 35-36). De esta forma, como «testigo del evangelio», el ministerio de la palabra ocupará un lugar central en la tarea ministerial. Tras citar a 2 Tm 4,1-5, concluye el teólogo alemán del siguiente modo: «en Jesús, en los apóstoles y en sus sucesores la predicación y la enseñanza se encuentran en un primer plano» (cfr. p. 104). Como consecuencia, el ministro eclesial deberá «predicar la sobreabundante misericordia de Dios» y prestar un verdadero «servicio para la reconciliación», sobre todo a través de la administración del sacramento de la penitencia (cfr. pp. 119-134). Pero sobre todo el ministro deberá llevar una «existencia eucarística»: «El ritmo de la vida está fundamentalmente caracterizado por el hecho de que celebra la eucaristía el domingo,

día del Señor, y en un grupo más reducido probablemente todos los días» (p. 135). En este sentido, hace Kasper una clara alusión a que la última Cena no fue «una comida con pecadores», sino la celebración con los elegidos de la *memoria passionis* y del «sacramento de la unidad» (cfr. pp. 136-137).

«Si el sacerdote pronuncia *in persona Christi* las palabras “esto es mi cuerpo”, “ésta es mi sangre” —concluye—, entonces debe asumir *in propria persona* la actitud de Jesús y de su modo de existir por Dios y por los demás; entonces debe hacer de la propia vida una ofrenda sacrificial para Dios y para los demás» (p. 149). Esta entraña cristológica de la figura del ministerio se refleja y se corresponde de igual modo en el tono esperanzado con el que concluyen estas páginas. Kasper responde del siguiente modo la cuestión planteada al principio sobre la crisis y el futuro de la figura del ministro en la Iglesia. «Con el Vaticano II la Iglesia ha tenido el valor de entrar en un tiempo nuevo. Estamos tan sólo en los comienzos. Nadie se podía esperar de modo realista que tan sólo sería un cómodo paseo. Sin embargo, el servicio del sacerdote, a pesar de todas las cruces que trae consigo, está rodeado de la luz transfiguradora de la resurrección» (p. 172). Con el mensaje pascual, el sacerdote puede ofrecer luz, orientación, confianza, alegría y esperanza en la vida de muchas personas, concluye Kasper. Debe dar testimonio de que «la alegría del Señor es nuestra fuerza» (Ne 8,10). De esta forma, una vez asumida y superada la crisis inicial, el sacerdote puede ser hoy y mañana un «servidor de la alegría» (2 Co 1,24). Es éste el mensaje realista y esperanzado que el cardenal alemán ofrece en estas páginas.

Pablo Blanco Sarto